

¿LOS CRISTIANOS SOMOS LA LUZ DEL MUNDO?

Apuntes de +Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para la homilía del domingo 5° "A" (Mt 5,13-16), 6 febrero 2011.

I. "Ustedes son la sal de la tierra"

1. Jesús que, el domingo pasado, llamó a sus discípulos "pobres" y "perseguidos", hoy los califica como "la sal de la tierra". La misión de ellos de ningún modo es estar escondidos como cucarachas, sino vivir en medio de los hombres como la sal que se mezcla con el alimento y lo sazona. Una sal que no salase sería totalmente inútil: "Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres" (Mt 5,13). Lo mismo un cristiano que no viviese como tal. Sólo merecería el desprecio de los demás.

"Ustedes son la luz del mundo"

2. Jesús también llama a sus discípulos "la luz mundo" (v. 14). Ellos han de ser como una lámpara, "que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa". Sería ridículo encenderla "para meterla debajo de un cajón" (v.15). Si bien el cristiano no ha de obrar para ser visto, tiene que verse que es cristiano. Y ello, mediante la conducta que lleva: "Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos" (v.16).

III. Situación del cristiano hoy

3. Con ambas figuras, la sal y la luz, y con sus antítesis paradójicas, la sal sosa y la luz encerrada en un cajón: Jesús nos plantea a los cristianos dos interrogantes que han de hacernos pensar. El primero, sobre la seriedad de nuestra opción por Cristo: si somos sal de la tierra y luz del mundo. El segundo, sobre si no traicionamos lo que somos: si después de un primer seguimiento de Jesús, hemos dejado de andar detrás de él, y ahora sólo conservamos el nombre de cristianos. Y por ello en el mundo se desprecia el nombre de Cristo.

4. La pregunta que cuestiona cada cristiano, desde el más encumbrado hasta el más humilde, cuestiona también a las instituciones cristianas: parroquias, colegios y universidades católicas, seminarios, congregaciones y órdenes religiosas, curias diocesanas y curia romana, y todo tipo de asociación y movimiento católico. ¿Nuestras instituciones son, de veras, cristianas?

Por gracia de Dios existen numerosos cristianos que viven su fe con integridad y hasta con heroísmo. E, igualmente, instituciones que son verdaderas comunidades eclesiales en las que es posible crecer y vivir en la fe y en el amor. Pero ¿no existen, a la vez, instituciones católicas cuya

existencia espiritual es tan miserable que plantean el serio interrogante de si son Iglesia de Cristo?

El Evangelio de hoy nos presenta una alternativa, que es todo un desafío: a) ser cristianos en serio, "sal de la tierra y luz del mundo"; b) serlo de manera insignificante, absurda: sal sosa, lámpara encajonada, y, por tanto, cristiano despreciable.

IV. "Ustedes eran tinieblas, ahora son luz en el Señor"

5. En los escritos de los Apóstoles, constatamos que también ellos asumieron la imagen de la luz para simbolizar la misión del cristiano en el mundo. El apóstol Pedro ve a los cristianos como el *"pueblo adquirido (por Cristo) para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz"* (1 Pe 2,9). Quien más insiste en la imagen de la luz para simbolizar al cristiano es el apóstol Pablo. De todas sus referencias, extraigo una de la carta a los efesios, que permite apreciar cómo la imagen del "cristiano-luz" está cargada de implicancias concretas para la vida cotidiana: *"Antes ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz. Ahora bien, el fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad. Sepan discernir lo que agrada al Señor, y no participen de las obras estériles de las tinieblas; al contrario, pónganlas en evidencia"* (Ef 5,8-11).

V. ¿Un Concilio Vaticano III?

6. Al constatar la opacidad del cristiano en el mundo de hoy y la poca incidencia de la Iglesia en la evangelización del mundo, no pocos expresan el deseo de un nuevo Concilio: un Vaticano III. No lo descarto. Pero me preocupa que los que lo plantean no siempre se preguntan si conocen y asumen de corazón todas las orientaciones del Vaticano II. Y que entre las sugerencias que se hacen, casi nunca se escuche una que proponga volver al espíritu del Evangelio expresado en el Sermón de la Montaña.

7. Sólo Dios sabe cuándo habrá un Concilio Vaticano III. Pero después de la experiencia del Vaticano II, conocemos bien cuatro cosas: 1°) un Concilio ha de ser convocado, realizado y llevado luego a la práctica por Papas santos; 2°) necesita ser preparado por hombres sabios y prudentes, como sucedió con el último Concilio, el cual llevó a plenitud el trabajo de renovación de la Iglesia que éstos, aún sin saberlo, venían promoviendo a través de largos decenios; 3°) ha de ser acompañado por la oración de toda la Iglesia, que suplique a Dios con toda el alma *"que venga a nosotros tu Reino"*; 4°) el mejor Concilio puede ser frustrado en buena medida si los agentes pastorales nos vamos luego por las ramas, como lastimosamente está sucediendo con el Vaticano II.